



Cuanto mas la escuchaba fray Alfus, mas sentía aumentarse su alegría interior.



## LA ETERNIDAD.

(LEYENDA.)

### EL PAJARO DEL PARAISO.

Antes de los desastres sin número de la Reforma, se veían en Alemania casas religiosas sobre todas las colinas, inmensos edificios de pacífico aspecto, que se anunciaban á lo lejos por un esbelto campanario que se alzaba en medio de los bosques, y se sabía que allí vivían hombres que no ocupaban su alma sino de las cosas celestiales, y que todos sus cuidados y ambición se cifraban en socorrer á su prójimo. Se citaba sobre todos el monasterio de Otmütz, poblado de buenos religiosos, piadosos é instruidos. Distinguíase entre estos un hombre sencillo, como todos los que saben mucho, porque la ciencia se parece al mar: cuanto mas se avanza en su profundidad, mas ancho es el horizonte; y mas conoce el hombre su pequeñez. Era el Padre Alfus, que después de haber arrugado su frente y encanecido su hermosa cabeza en la investigación de las demostraciones en que es impotente nuestra razón, había llamado en su auxilio la fe de los niños; después, confiando su vida á la oración como á una áncora misericordiosa, se había dejado llevar dulcemente en las olas del amor divino y de las celestes esperanzas.

Sin embargo, malas ráfagas agitábanle aun por instantes: las tentaciones de la inteligencia, que quiere siempre romper sus trabas, sitiaban el alma de Fray Alfus, y su razón preguntaba á la fe con una especie de altivez. Entonces caía en una tristeza y sombrías nubes interceptaban los impulsos de su corazón, donde la helada filosofía trataba de insinuarse. Desasosegado Alfus se marchaba vagando por el campo, se sentaba sobre el musgo de las rocas, se detenía ante la espuma de los arroyuelos, caminaba entre los murmullos del bosque; pero en vano interrogaba á la naturaleza: á todas sus preguntas, los montes, las olas, los árboles solo le respondían una palabra: Dios.

Fray Alfus había salido victorioso de muchas de aquellas crisis: cada vez se había afirmado mas; porque si las tentaciones quebrantan el alma y la abaten, aumentan las fuerzas de la conciencia que la combate. Empero hacia poco tiempo que una angustia de nueva especie se había apoderado de él. Había notado con frecuencia que lo que es hermoso pierde su encanto con el largo uso, y que el ojo se harta del espectáculo mas maravilloso, y el oído se cansa de una voz armoniosa, y se había preguntado cómo el hombre podría encontrar aun en los cielos aquel alimento prometido de una eterna alegría. ¿Qué será, se preguntaba, la movilidad de nuestra alma en medio de las magnificencias sin término? ¿La eternidad!... ¿Qué palabra para una criatura que cambia cada minuto, que no conoce otra vida que la diversidad, y para la que la inmovilidad parece la muerte! ¿Nada de pasado, nada de porvenir, nada de recuerdos ni de esperanzas! ¿La eternidad!... ¡Oh palabra que haces llorar sobre la tierra! ¿Qué puedes tú significar en el cielo? Así andaba turbado Fray Alfus, y cada vez eran mayores sus incertidumbres. Una mañana salió del monasterio antes de levantarse sus hermanos. Era en uno de los hermosos días del mes de junio. Bajó al valle. El campo se hallaba todavía mitad cu-

bierto de rocío, y se abrían las flores á los primeros rayos del alba. Siguió lentamente el monge los sombríos senderos de la colina: revoloteaban los pájaros en los pinos y madre-selvas, saludando con sus cánticos felices el nacimiento del sol. Algunas mariposas, medio dormidas todavía, revoloteaban para secar sus húmedas alas. Detúvose Alfus para contemplar aquel bello panorama que se desarrollaba ante sus ojos, y recordó cuán hermoso le había parecido la vez primera que lo había visto, y con qué embriaguez había acogido la idea de terminar allí sus días. Aquellas flores, aquellos árboles, aquel aire, eran maravillosa novedad para él, acostumbrado á vivir en las ciudades y en las sombrías habitaciones de sus casas. Así se pasó dulcemente el año de su noviciado. ¡Con cuánta alegría caminaba por aquellos desconocidos senderos, encontrando á cada paso un manantial donde todavía no había bebido, un musgo que todavía no había hollado! Pero aquellos mismos placeres duraron poco. Pronto recorrió todos los caminos del bosque, oyó á todos sus pajarillos, aspiró el aroma de todas sus flores, y la indiferencia de la costumbre cayó entonces cual un velo entre la creación y el hombre.

En este estado se hallaba el pobre monge, semejante á esos insensatos que después de haber abusado de los licores embriagadores, no sienten ya su fuerza: era indiferente á aquellas armonías que tanto entusiasmo le habían causado antes. ¡Qué belleza celestial podría, pues, ocupar eternamente aquella alma que los esplendores de Dios sobre la tierra solo habían encantado un instante!

Al proponerse á sí mismo esta cuestión, Alfus preocupado se había internado en el valle. Con la cabeza inclinada sobre el pecho, absorbió el espíritu en el vacío, caminaba siempre sin ver nada, sin detenerse en nada; pasaba los arroyos, los bosques, las colinas. Había desaparecido hacia tiempo de su vista el campanario del monasterio; Otmütz había quedado con sus fortificaciones y sus torres detrás de las montañas: el monge entró en un gran bosque que se desarrollaba sobre un espacio sin límites aparentes, cual un océano de verdura. Mil encantadores rumores zumbaban en torno suyo, una aromática brisa suspiraba en las hojas. Detúvose Alfus, y después de haber penetrado sus miradas con asombro en la oscuridad del bosque, adelantóse hacia él, titubeando cual si temiese hacer una cosa prohibida. Empero á medida que caminaba, el bosque era mas imponente: árboles hermosos cargados de flores exhalaban desconocidos perfumes. Aquel perfume nada tenía de embriagador como los de la tierra: diríase que era una emanación misteriosa que embalsamaba el alma, una armonía cuyo encanto nada puede describir. Adelantó todavía el monge sus pasos, y percibió una llanura resplandeciente con una misteriosa luz. Lo que sobre todo le chocó es que el aroma y la melodía de la luz no parecían formar sino una sola cosa. Todas las sensaciones se comunicaban á él por una sola percepción, cual si hubiese cesado de tener sentidos distintos, y cual si no le hubiese quedado mas que un alma. Sentóse para gozar de aquellos encantos, y púsose á leer. En aquel momento oyó una voz, cuya arrebatadora dulzura no tenía igual en la tierra. Ni la brisa risueña entre los sauces, ni el aliento de un niño que duerme, podrían dar una idea de ella. Aquella voz escedía á los mas encantadores ecos de los cánticos humanos. No era un cántico á pesar de su melodía, no era un lenguaje aunque la voz hablase, y, sin embargo,



de todo habia en ella. Su aliento celestial llevaba el alma á una region desconocida. Al escuchar se sabia todo, se entendia todo, y como el mundo que abarcaba todo entero la voz, siempre única, era siempre tan variada, que hubiera podido oírse por siglos enteros sin salir del éxtasis. Cuanto mas la escuchaba fray Alfus, mas sentia aumentarse su alegría interior. Parecia que descubria alli sin cesar nuevos misterios inefables. Pero al fin se alejó el resplandor, calló la voz, y un largo murmullo se deslizó entre las ramas de los árboles. Alfus permaneció algunos instantes inmóvil, cual un hombre que se despierta de un sueño encantador. Miró en torno de sí con una especie de estupor, cerró su libro; despues quiso levantarse para volver á continuar su camino; empero estaban entumecidos sus pies, sus miembros habian perdido su agilidad. Salió con trabajo del bosque, buscó el camino del monasterio, y creyendo reconocerlo, se dió prisa, porque la noche se venia encima. Pero su sorpresa aumentaba á cada paseo: todo habia cambiado en el campo desde su salida del convento. Los árboles que por la mañana habia visto nacies, se habian vuelto encinas seculares. Despues de haber caminado bastante rato, llegó á un riachuelo que le cerraba el paso. Buscó un puentecito de madera que habia atravesado muchas veces. No existia. Lo habia reemplazado un sólido arco de piedra. Costeando un estanque, vió mugeres con un traje particular que hasta entonces no habia visto y que estaban lavando su ropa.

—He aquí un anciano que lleva el hábito de los monges de Olmutz, dice una de ellas parándose á verle: conocemos á todos, y á este no le hemos visto jamás.

Pasó Alfus comenzando á alarmarse. Divisó por fin el campanario de su convento entre las hojas. Apretó el paso, subió la senda, y se lanzó hácia la puerta. Pero la puerta habia cambiado de lugar. El monasterio no presentaba el mismo aspecto; el recinto era mas grande, mas estenso el edificio; un plátano que habia plantado él mismo cerca de la capilla algunos dias antes, cubria ahora el asilo santo con sus inmensas ramas. Fuera de sí el monge se dirigió hácia la nueva entrada, y llamó poco á poco: no era la misma argentina campana cuyo sonido conocia. Un hermano lego salió á abrirle.

—¿Qué ha pasado? preguntó Alfus. ¿No es ya Antonio el portero del convento?

—Yo no conozco á Antonio, respondió el lego.

Echóse Alfus las manos á la frente con terror.

—¿Estoy loco? dijo. ¿No es este el monasterio de Olmutz, de donde he salido esta mañana?

El lego jóven le miró.

—Cinco años hace que soy portero, respondió, y no os conozco.

Echó Alfus en derredor suyo una mirada asustada. Recorrian los claustros muchos monges: los llamó; ninguno respondió á los nombres que pronunciaba. Corrió hácia ellos para verles el rostro, y todos los veia por primera vez.

—Aquí hay algun gran milagro de Dios, exclamó. En nombre del cielo, hermanos míos, miradme. ¿No hay ya nadie que conozca á fray Alfus?

Todos le rodearon con asombro.

—¿Alfus! dijo al fin el mas anciano; sí, en otro tiempo habia en Olmutz un monge de este nombre; se lo he oido

decir á los padres antiguos. Era un hombre santo y meditabundo que amaba la soledad. Un dia bajó al valle, donde se le vió perderse en los bosques; despues, en vano se le aguardó: jamás se volvió á saber qué habia sido de él. Desde aquel tiempo ha pasado un siglo entero.

A aquellas palabras dió el monge un gran grito. Lo comprendia todo al fin. Dejó caerse de rodillas, y juntando las manos con fervor:

—¡Oh, Dios mio! dijo, habeis querido probarme cuán insensato he sido al comparar las alegrías de la tierra con las del cielo. Un siglo se ha pasado para mí como un solo dia en oír vuestra voz; comprendo ahora el Paraíso y sus eternas alegrías. Bendito seáis, Dios mio, y perdonad á vuestro indigno servidor.

Despues de haber hablado así, fray Alfus estendió los brazos y abrazó la tierra: habia entregado el alma á su Dios.

JOSE MARIA DIAZ.

PANTEON DE AGRIPA.—Este edificio construido por Agripa, yerno de Augusto, fué consagrado á todos los dioses. Todavía existe, y á pesar de las continuas degradaciones que ha sufrido, ya por la mano del tiempo, ya por la de los hombres, le queda bastante mérito para escitar la admiración de los conocedores; su plan es un círculo de ciento treinta pies de diámetro; no tiene techo, y se halla revestido de mármol y adornado de estatuas y columnas. Recibe la luz por una abertura circular que hay en la cumbre de la bóveda. Se penetra en este templo por una entrada adornada de un fronton sostenido por ocho columnas colosales del orden corintio, todas de una pieza. En otro tiempo se hallaba aquel pórtico cubierto de magníficos bronce, que han servido para hacer el altar de San Pedro del Vaticano. Este templo, que es el mejor conservado de cuantos monumentos nos ha legado la antigüedad romana, se halla convertido en una iglesia consagrada á Nuestra Señora de todos los Santos.

## POMPEYA.

Herculano y Pompeya, tienen en los anales profanos la misma celebridad desgraciada que Sodoma y Gomorra en las Santas Escrituras. Como las dos ciudades malditas de la Palestina, las dos ciudades romanas bajaron todo enteras, todo vivas al sepulcro.

Bajo el reinado del emperador Tito, el año 79 de la era cristiana, aconteció aquella gran catástrofe, de que fué causa una espantosa erupción del monte Vesubio. Herculano y Pompeya, situadas las dos sobre la orilla del mar, al deramarse el volcan dormian en una profunda seguridad, cuando llegó de repente su última hora. La primera se abismó tragada bajo torrentes de lava; la segunda fué sepultada bajo un horrible diluvio de cenizas y de lluvia, que, lanzado desde el cráter y condensándose en los aires, cayeron convertidas en barro. Desaparecieron las dos enteras:



mente. Se consumó tan completamente el desastre, que ni aun se trató de desembarazar á las dos ciudades de su fúnebre cubierta y hacerlas salir de su sepulcro.

Corrieron los tiempos; se allanó la superficie del suelo; las huellas que marcaban el sitio donde reposaban Herculano y Pompeya, se habían borrado, y el viajero pudo pisar sin conocer que marchaba sobre dos ciudades romanas. Diez y siete siglos cerca habían trascurrido, cuando unos labradores abriendo un hoyo en la tierra para plantar un árbol, descubrieron el esqueleto de Herculano, y bien pronto haciéndose nuevas excavaciones, casualmente, revelaron la existencia de Pompeya, comenzaron inmediatamente los trabajos de exhumación, y las dos ciudades fueron una inagotable mina de tesoros arqueológicos.

En los libros, en los monumentos, la antigüedad romana no se había descubierto todavía sino por fragmentos, por pedazos desprendidos. Había lagunas que no podían llenarse sino de una manera imperfecta é hipotética por las interpretaciones mas ingeniosas de aquel cuadro degradado, mutilado, que carecía del conjunto que debían darle sus diversas partes. En Pompeya se encontró la antigüedad toda entera, intacta; admirablemente conservada en sus menores detalles. Allí se encontró la vida romana sorprendida, por decirlo así, en el acto. Se busca, se aguarda á los habitantes, porque parecía casi que no había pasado ni un día, ni una hora, desde que se han alejado de allí.

Al lado del templo de Júpiter, dice un viajero, hay un altar de mármol blanco muy hermoso, recién salido de las manos del escultor; los albañiles acababan de levantar las paredes de que está rodeado, y uno de ellos acababa de poner la llana y sacar del artesón la mezcla para estenderla sobre la pared, cuando se vió repentinamente detenido en su operación. Todavía está fresco el trabajo (después de 1800 años), y podría creerse que el albañil ha ido á comer y que va á volver á continuar su tarea. La ilusión que ha sugerido estas reflexiones se reproduce por todas partes en Pompeya; en todas partes se hallan trabajos interrumpidos, ocupaciones sin terminar: tal fué el terror de la población y su precipitación en huir. Aquí un panadero sacaba sus panes del horno en el momento en que echó á huir; la mitad de la hornada está todavía en el fondo del horno, empero, reducida á carbon: allí se divertían unos soldados en pintarrajear figuras sobre las paredes del cuerpo de guardia; sus dibujos no han recibido la última mano, y asustado el artista abandonó aquel sitio con tal precipitación, que no pensó en abrir las puertas á sus camaradas encerrados en algun calabozo. Estos fueron víctimas, y se les ha hallado agarrados á las rejas, que sin duda se esforzaban en arrancar en medio de su desesperación.

Los almacenes de comestibles adornados de vasos aguardan los compradores; las tabernas se ven todavía con sus mostradores manchados de vino y la señal de las copas aguardando á las gentes que entren á beber. Anuncios llaman la atención del público, y la señorita Julia Felice, hija de Espurio, anuncia al público por un cartel trazado sobre la pared de su casa, que tiene novecientas tiendas y un establecimiento de baños por alquilar. Estas tiendas extraordinariamente multiplicadas, conservan todavía sus diferentes muestras, que ofrecen una singular analogía con las que han adoptado los mercaderes de nuestros tiempos. Los vendedores de leche se anuncian con imágenes de cabras

y vacas; los tratantes en caza y pesca con jabalíes y carnosos pintados, y los farmacéuticos se dan á conocer con la efigie de la serpiente simbólica mordiéndose la cola, ni mas ni menos que sucede en nuestros días.

No podremos espresar el profundo y vivo interés que inspiran los restos de esta ciudad; en ella no se ve ningun objeto moderno y todo conserva la fisonomía pura de la antigüedad. La curiosidad templada por impresiones serias no podrá menos de detenerse en los detalles y en el conjunto; en todas partes se revelan los hábitos, las costumbres de la vida romana. Sin embargo la construcción interior de las casas privadas merece sobre todo ser estudiada, porque es menos conocida que la de los edificios públicos.

Las casas de Pompeya alineadas en calles estrechas y guarnecidas de aceras son generalmente muy bajas y no tienen ventanas. Puertas grandes dan entrada al interior: bajo estas puertas se halla colocada una estancia destinada al portero y flanqueada de dos especies de nichos en los que se hallaban encadenados dos guardas, un perro y un esclavo. Las habitaciones se hallan distribuidas alrededor de un patio cuyo pavimento era de mosaico y rodeado de una galería abierta sostenida con columnas. Solo recibían la luz los cuartos por las puertas ó por los techos, en donde había una especie de lucernas cubiertas con vidrios. Casi todas estas casas tenían tiendas sobre la calle pero sin comunicación alguna la mayor parte de ellas con el resto de las habitaciones; mas algunas otras tenían puertas que daban al interior, confirmando esto la asercion de algunos historiadores que cuentan que los mas ricos propietarios no se desdénaban de vender por sí mismos al pormenor el aceite y el vino que recolectaban en sus posesiones. La disposición de las casas de Pompeya es tambien un testimonio que viene en apoyo de nuestra opinion de que la vida de los romanos se pasaba casi en público; todo está dispuesto para el brillo, para el esplendor de los actos exteriores y las ceremonias públicas y nada hay para la comodidad y los goces de la vida privada. Si estas casas particulares con sus patios, en los que se encuentran vestigios de jardines, no han desaparecido bajo el peso de mil ochocientos años, naturalmente los edificios públicos han debido mantenerse en un estado de conservación mas perfecto. Efectivamente; en esta ciudad sepultada es donde se encuentran los monumentos mas intactos de la arquitectura antigua, sagrada y profana, en los templos, en los teatros y en los círculos. Un templo de Augusto, destinado á servir de sala en los banquetes solemnes á que era convidado el pueblo, indica todavía este uso por las pinturas y esculturas de que se halla enriquecido, y las figuras de ganso multiplicadas anuncian que aquel producto de los corrales se hallaba en gran estima entre los gastrónomos romanos. En el gran teatro, los sitios que ocupaban los espectadores segun sus rangos están todavía marcados, y por un billete encontrado á la puerta se ve que el precio de entrada era muy barato: esta contraseña dada para la representación de una tragedia de Esquile había costado solo algunos cuartos.

El foro donde se agitaban los negocios políticos y comerciales, ofrece todavía los pedestales que sostenían las estatuas de los grandes ciudadanos de Pompeya y los restos de la tribuna de las arengas. Su vasto recinto estaba rodeado de dos edificios magníficos; de un templo de Júpiter donde se encerraba el tesoro público y de otro templo de



Vesta, donde celebraba sus sesiones el tribunal criminal.

También ha conservado Pompeya la última morada de sus habitantes, sus monumentos fúnebres. De los diferentes puntos de vista bajo las cuales la ciudad puede mirarse, no hay un aspecto mas interesante tal vez, que el que ofrece la *Via de los Sepulcros*. Ningun cementerio antiguo está tan intacto ni tan completo en su conjunto; ninguno presenta detalles mas exactos de los templos romanos y de los mausoleos y sepulturas. Este cementerio, situado en una de las puertas de la ciudad, forma una larga y bella calle. La vía pública muy estrecha y empedrada con grandes losas de lava en las que se ven aun las señales de las ruedas de los carruages pasando por entre las dos aceras, que están llenas de sepulcros á un lado y otro. Los mas espléndidos mausoleos están colocados en primer término, los mas sencillos

detrás, y algunos sepulcros solo encierran los restos mortales de un solo individuo, siendo otros la sepultura de una familia entera, y solo una pared pequeña de mármol separa el espacio que ocupa cada cadáver. Estos monumentos funerarios están contruidos la mayor parte con un mármol pulimentado, cuyo brillo asombra, y trabajados con un arte esquisito. Uniformes en su estructura presentan grandes bóvedas, en cuyo fondo interior hay abiertos nichos para colocar las urnas cinerarias, y delante de la puerta de afuera habia una mesa y sillas de piedra para que los parientes del difunto fuesen allí á hacer sus comidas funerarias. Los bajo-relieves que adornan estos sepulcros, demuestran que entre los romanos como entre los modernos, los sentimientos de vanidad iban unidos al dolor.

Los ciudadanos ricos ó de alto mérito gozaban en el fo-



Via de los sepulcros de Pompeya.

ro, del derecho de sentarse sobre una silla de honor llamada *biselium*, que era un gran banco adornado de almohadones con franjas. En estos bancos podian sentarse dos personas; pero el privilegiado se sentaba solo; en una palabra, la verdadera expresion de esta distincion consistia en ocupar doble lugar. El *biselium* de honor está pomposamente colocado sobre los sepulcros, á la manera que hoy día las familias nobles adornan sus panteones poniéndolas sus armas encima. Una inscripcion grabada sobre estos monumentos hace ver que la antigüedad también usaba de inscripciones fúnebres para honrar á los grandes ciudadanos.

Así en el sepulcro de *Alia Docimilla*, sacerdotisa de Ceres, levantado á su marido, se lee una inscripcion que dice que el pueblo le concedió la perpetuidad de aquel terreno.

Hay también otros monumentos cuyos adornos tienen mucha conexion con los que emplean los pueblos modernos, y eran los emblemas de las acciones de los difuntos que encerraban en él. Estos sepulcros se hallaban compuestos de las materias mas duras, como mármoles y otras piedras, y en algunos puntos están tan apiñados que apenas se puede pasar por entre ellos; y esto es lo que sucede precisamente en la calle llamada *Via de los Sepulcros*. Por ahí



se penetra en la ciudad, dejando á la izquierda una gran casa donde sin duda habian de comer los arquitectos, los obreros empleados en construir las sepulturas. El espectáculo de este cementerio, cuya vista damos hoy á nuestros lectores, prepara seguramente muy bien para entrar á visitar á una ciudad que desapareció del suelo por tan horrenda catástrofe. Las camas de la muerte parecen tan frescas y nuevas, que no se puede creer que los que acababan de levantar sean tambien del número de los muertos que se encierran en aquella ciudad hace diez y ocho siglos.

EL CONDE DE FABRAQUER.

## EL NOVIO DE VARNA.

(Conclusion.)

El pequeño círculo esperó con ansiedad el resultado de esta segunda negativa; los aldabonazos no habian cesado de conmover la puerta, su violencia y precipitacion dejaban comprender que el testarudo visitador no cedia de sus pretensiones de que le recibieran.—Se oyó la voz del honrado Bryan manifestando la inflexible resolucion de su amo: en cuanto á la contestacion que le dieron no pudo colegirse nada de algunos sonidos casi inarticulados que se percibieron, y pronto reapareció el mensajero con la fisonomía trastornada por el terror.

—¡Ah! señor ¡qué votos y juramentos echó cuando le dije vuestra contestacion! yo habia aplicado el oído á la cerradura. ¡Virgen Santa! yo creia que se habia marchado, cuando vuelve y llama de nuevo.—¿Estais ahí? gritó.—Hola, le dije, ¿qué quereis de nuevo?—Quiero que le digais á vuestro amo que he venido por dinero que me debe hacer tiempo y ahí va el recibo.—Al mismo tiempo, señor, me pasó por bajo la puerta ese pedazo de papel.

Aquí el digno Bryan alargó el brazo y presentó á su amo un papel arrugado y sucio. El mayor Walker lo miró é hizo un movimiento de sorpresa.

—Es preciso que yo vea á este hombre, dijo en seguida despues de una pausa.

—¿Ahora, señor? preguntó Bryan todo asustado.

—Al instante... Decid que enciendan luces en la biblioteca... Vosotros, Carlos y William, id á la pieza del lado que da á la calle y cuidad no sea alguna estratagema de los roekistas: si solo hay un hombre en la puerta dejadlo entrar, si se presentan mas haced fuego sin dudar.

Dadas sus instrucciones á sus hijos y despues de tomar sus armas, el mayor Walker bajó acompañado del fiel Bryan. Con manifesta precipitacion atravesó Bryan el patio y se dirigió hácia la gran puerta de entrada; cuando se quitó la gran barra que la atrancaba y se corrieron los cerrojos, una fuerte ráfaga de viento la abrió con violencia, á pesar de tenerla el pobre criado entornada, arrojándolo contra la pared y dando paso á un hombre. Bryan se apresuró á poner la barra y correr los cerrojos, y el forastero se detuvo delante del mayor Walker que esperaba á la puerta de la biblioteca.

—¡Hola! dijo el mayor despues de haber examinado un

instante al inesperado huésped; me parece que ya os he visto en alguna parte.

—¡Ténganos Dios en su gracia! dijo Bryan; si no es mas que Tom Bush en persona; pero mas quisiera ver al diablo.

—Tack Bryan, respondió el vagamundo, guardad la lengua, porque sino os sucederá una desgracia.

Y al mismo tiempo sacó de su chaqueta un puñal con la hoja desnuda; sus ojos brillaban, sus facciones, contraídas por la cólera le hacian asemejar mas que á un hombre á un demonio. Bryan tuvo miedo y se reculó prudentemente algunos pasos.

—Si su señoría me permite tengo que hablaros, mayor, sobre el papel que os he enviado.

—Seguidme, respondió el mayor precediéndole á la biblioteca... Vos, Bryan... quedaros ahí hasta que yo os llame.—Pues bien.—Ya estamos solos, añadió, acercaos, ¿qué teneis que decirme?

El magistrado se habia sentado cerca de una campanilla y volvió el quinqué de modo que alumbrase bien la cara del reciénvenido; pero Bush permaneció cerca de la puerta, manteniéndose cuidadosamente fuera del círculo de luz que proyectaba la lámpara, de pie derecho, la barba apoyada en la palma de la mano y echando en derredor miradas desconfiadas y llenas de sospechas.

—He aquí el papel que me habeis hecho entregar, es un pregon publicado por el gobierno hace dos años y por el que se ofrecen cuatrocientas libras esterlinas (1) á cualquiera que denunciase al asesino de Milo-Byrne de Cursahein... ¿Podeis dar alguna nota sobre el particular?

—Ciertamente, señor magistrado, respondió el vagamundo evitando el esplicarse con claridad, no he venido aquí y á semejantes horas absolutamente para nada. ¿Teneis pluma y tinta, señor mayor?

—Estoy pronto á tomar notas de cuanto me digais; pero para que vuestra declaracion sea hecha en regla debereis repetirla mañana.

—Esta noche ó nunca ¡vive Dios! juradme por los santos Evangelios que si os nombro al asesino de Milo-Byrne lo prendereis antes de media noche, juradme eso ó sino antes que deje escapar una sola palabra de mi secreto me dejo hacer cuartos por cuatro caballos, aunque dependa de ello mi salvacion eterna.

—Hablad, pues, dijo el mayor, os lo juro.

—Entonces escribid. No ignorais, señor, dijo el vagamundo, siguiendo con la vista los caracteres que trazaba la pluma en el papel aunque no los entendia. No ignorais que existen en el pais los commins y los harrigs, y que un odio invencible les separa... al menos hay personas, dijo mirando la manga vacía de su chaqueta, que no lo olvidarán... tambien existen los *whiteboys*, como los llaman, ó de otro modo los de la partida del capitán Rock...

—Dejad esas divagaciones, interrumpió el mayor, y ven-gamos á los hechos.

—Seguid, seguid escribiendo, señor... Los *whiteboys* se hallan ligados entre sí por un terrible juramento, deben socorrerse mutuamente contra la ley y sus agentes, porque sino, ¿quién vengaria á la pobre Irlanda de los ricos y de los

(1) Una libra esterlina próximamente vale noventa y cinco reales de nuestra moneda.



opresores? El capitán Rock conoce todas las sendas del condado, y las noches son largas en invierno.

—Lo que quiere decir, que formáis parte de su tropa: ahora me acuerdo que comparecéis ante el tribunal hace poco tiempo.

—Si señor, si señor, pero faltaron pruebas y el capitán no me abandonó. Si otros me arrojan de su casa como un perro, el capitán sabe lo que valgo. Y eso que no le conozco, porque solo se deja ver de los gefes; pero él, él me conoce. Pertenezco á los whiteboys y aunque sea eso; ¿no dice ese papel que tendré mi indulto?

—Por segunda vez dejemos esas divagaciones, estarde, la noche avanza, hablemos de Milo-Byrne.

—Allá voy, escribid, señor. Es cierto que Milo-Byrne era el arrendador de un hombre aborrecido por todo el país, y que los whiteboys habían decidido que este hombre no tuviese arrendador en adelante y que sus tierras quedarían incultas; pero también lo es que Milo-Byrne trataba de casarse con una joven que uno de nosotros quería más que la salvación de su alma: como era rico Byrne su proyecto estaba á punto de realizarse. Se decidió que se le comunicaría la orden de renunciar á ser arrendador del hombre aborrecido, y á su proyectado casamiento; se convino en la cita, se fijó el día y yo formaba parte de los que habían de emprender esta expedición... á pocos pasos de la casa de Milo-Byrne se nos unió un enmascarado como nosotros, que no pronunció ni una palabra, pero que fácilmente reconocí, pues no era la vez primera que le había seguido... La noche era bien oscura, el viento gemía en las ramas de los árboles, andábamos en silencio pegados unos á otros... lo demás ya lo sabéis.

—Pero ¿y el nombre de ese hombre? Aun no me habeis dicho nada de positivo.

—¡Ah! repetidme que ese papel no miente, que se indulta á todos los que salieron aquella noche, menos al que cometió el asesinato; por vuestra eterna salvación ¿es eso verdad?

—Muy cierto, os lo aseguro.

—Pues bien, entramos en la granja, Milo-Byrne, ¡infeliz! nos siguió al patio y nos preguntó qué le queríamos: *de rodillas, y di el Credo*; se le contestó.—¿Pero qué he hecho yo, de que soy culpable? preguntó asustado.—*De rodillas, y di el Credo*.—Al mismo tiempo le agarramos y forzamos á arrodillarse, miró á los enmascarados como para reconocerlos, pero la noche era oscura y el crepón que nos cubría no dejaba ver nada. No queríamos sino amedrentarle y arancarle así las promesas de dejar la granja y abandonar el proyecto que había formado de casarse; Milo-Byrne no era hombre que se dejase fácilmente intimidar, y se resistía pretendiendo que su honor estaba comprometido en ambas cosas. El misterioso gefe que se nos había unido no decía ni una palabra, pero sus manos se crispaban y todo su cuerpo temblaba de zozobra: le ví amartillar una pistola; entonces comprendió el desgraciado que iba á morir, alzó la voz diciendo quería despedirse de su hijo. Los que le sujetaban empezaron á aflojar, logró ponerse de pie, dió algunos pasos y cayó muerto de un balazo que le atravesó el corazón. Cuando buscamos con la vista al que le había muerto ya había desaparecido.

—Su nombre, decidme su nombre.

—Uf, profirió el vagamundo con sorda voz y pegando un fuerte puñetazo sobre la mesa, como para escitarse á hacer

esta revelación... El nombre de ese hombre que aborrezco por su habilidad, su valor, su orgullo, su riqueza, su nombradía... el nombre de ese harrigs que se alía á una facción detestada... el nombre de ese whiteboy que maltrata y desprecia á su hermano... El nombre de ese irlandés que pronto haría causa común con los tiranos de Irlanda, es... Hugh el Lawlor, el novio de Varna.

Se oyó un violento campanillazo que resonó en toda la casa.

—Bryan, gritó el mayor al viejo criado que medio asustado asomaba su cara á la puerta, Bryan, que ensillen un caballo. A Carlos que se prepare á acompañarme, es preciso que antes de un cuarto de hora estemos en el cuartel de Capparne.

En medio de las tinieblas de aquella tempestuosa noche, la casa de Davy Nugent brillaba con mil luces; la claridad y el ruido se escapaba por todas las ventanas. Era el momento en que mas animados están los bailes, en que los ancianos se consuelan de los placeres de que ya no pueden disfrutar criticando á los jóvenes que pasan alegres ante sus ojos. Todos, sin embargo, ancianos y jóvenes, reconocían de común acuerdo que Hugh el Lawlor y Ellen Nugent formaban la mas hermosa pareja que nunca se había visto en Eliogarth.

Cansada del baile y del mucho calor, Ellen se había dejado llevar por su esposo al hueco de una ventana; una cumplida cortina que caía hasta el suelo, y que él había dejado caer sobre ellos, les formaba un pequeño santuario que les aislaba de la multitud; la tempestad se había calmado; solo alguno que otro relámpago lejano iluminaba de tiempo en tiempo con su pálida luz el firmamento.

—Ellen, amor mío, decía el Lawlor, descansa aquí un rato sola conmigo; déjame que te admire con tu lindo traje de novia. ¡Qué hermosa eres, Ellen mía! Cuando tus hermosos ojos azules se fijan en los míos, todo mi ser tiembla de placer y se ve arrastrado hacia tí. ¡Quién me habría dicho hace dos años, que había de ser tan dichoso, que habías de ser mi adorada esposa y la compañera inseparable de toda mi vida!

—¿A qué recordar un tiempo tan triste? respondió Ellen. ¡Hemos pasado por pruebas bien duras! ¿Os acordáis, amigo mío, cuando teníais que ocultaros en los alrededores como un ladrón, cuando solo podíamos hablarnos en el montón de piedras de Dempsey (1), porque solo nosotros nos atrevíamos á acercarnos allí á semejantes horas? La desgracia había agriado vuestro carácter, érais brusco con todo el mundo.

—¿Con todo el mundo, Ellen mía?

—Escepto conmigo, Hugh, nunca habeis sido malo para vuestra Ellen. ¡Ah! si, una vez lo habeis sido; el día en que despues de una larga ausencia, os pregunté el motivo que os había tenido tanto tiempo lejos de mí: —¿No es verdad que ha sido el asesinato de Milo-Byrne? os dije chanceándome. Me cogísteis por la cabeza con las dos manos, vuestros ojos penetraron materialmente los míos y me dijisteis... Pero, Dios mío, Hugh, ¿qué teneis? que me haceis mal, Hugh, me estais destrozando el brazo...

(1) Es costumbre en Irlanda como en España señalar con una cruz el sitio donde se ha cometido una muerte, y las piedras que los que pasan echan allí, llegan á formar montones bastante crecidos.



—¡Silencio!..... ¿Qué os dije mirándoos á la cara?

—Lo he olvidado, Hugh; en verdad yo no sé lo que fué.

—¡En nombre del cielo! repetidme lo que os dije en esa ocasion; yo lo quiero.

—Nada, casi nada; tonterías..... que cometerais veinte asesinatos mas bien que renunciar á mi mano. Ahora, caballero, espero que no temereis que pertenezca á otro. Y la pobre Ellen se esforzaba por sonreír, aunque se hallaba dominada por un secreto terror.

—Querida Ellen, repuso el Lawlor, perdonadme mis arrebatos; ya lo veis, la violencia de mis pasiones es irresistible... pero os adoro con toda mi alma; nuestro amor es mi vida, ¡si supierais!... ¡Oh! juradme que suceda lo que quiera, siempre me conservareis una dicha que me es tan necesaria, y que tanto me ha costado conseguir.

—Me dais miedo, amigo mío, ya me habeis puesto toda trémula; ¡son algunas veces tan estrañas las cosas que decís! ¿No es cierto, Hugh, que tratareis de conteneros por mi cariño? Esta noche aun, os habeis incomodado con un vagamundo que se sospecha pertenecer á los *whiteboys*. Desde que os separais de mí, temo por vos las peleas, las disputas, mil vagas inquietudes... Vamos, me tomarais por loca si os las contase; no quiero pensar mas en ellas; quiero adoraros como el mas hermoso, el mas noble y el mejor de los hombres.

El Lawlor se entregaba por completo á la dicha de mirar y de oír á la linda entusiasta; de pronto se estremeció, y abriendo la ventana se asomó; al mismo tiempo se deslizó uno á su lado bajo la cortina; era el caballero; su fisonomía, tan tranquila de ordinario, dejaba traslucir alguna agitacion.

—Hugh, dijo en voz baja dando en el hombro al Lawlor, que se volvió y palideció á su aspecto... Hugh, Nause ha visto las casacas coloradas; están ahí; solo tenemos un minuto, y sin mas esplicaciones, como si estuviera seguro de ser comprendido, saltó por la ventana al jardín y desapareció entre los árboles de los bosquecillos.

El Lawlor, abrazando convulsivamente á su esposa, le dijo por lo bajo; Ellen, Ellen, por tu salvacion eterna acuérdate; ¡oh! ¡acuérdate de tu juramento! antes que Ellen hubiera podido comprender, llena de sorpresa le vió saltar por la ventana y seguir á su camarada perdiéndose como él en las tinieblas.

Ya circulaba en todas las bocas el nombre de Hugh el Lawlor, y una partida de casacas coloradas se habia apoderado de la casa con el mayor Walker á su cabeza. Tom Bush no se dejó ver, y sin embargo, no debia andar lejos. Cuando recorrieron la cortina en que Ellen habia quedado sola, se la encontró desmayada.

Si hay algun tormento desgarrador sobre la tierra, es el que rompe el corazon de una muger, cuando se disipan las ilusiones y ve que tiene que despreciar y que aborrecer al hombre que se complacia en rodear de amor y veneracion. Vuelta en sí Ellen se creyó presa de una horrible pesadilla. ¡Hugh, acusado de asesinato! ¡Hugh, su amante, su marido, afiliado á la partida del capitán Rock! ¡Ese nombre que ya para siempre era el suyo, entregado á la vergüenza y á la infamia! ¿Era eso posible? ¡Ay! la inflexible verdad no era sino demasiado cierta. El salon de baile estaba aun alumbrado; los restos del festin, los platos, los vasos medio llenos, cubrian aun largas mesas; pero todo estaba desierto

y silencioso. Los convidados se habian marchado apresuradamente como si aquella casa hubiera estado apestada; solo dejaron en ella la desolacion y la desesperacion.

Ellen no se volvió loca por el dolor, pero su naturaleza quedó completamente quebrantada. Cuando algunos dias despues empezó á ocuparse de los cuidados domésticos, su palidez, su andar lánguido, sus facciones desencajadas, el obstinado silencio en que se encerraba, decian bien claro los atroces sufrimientos que padecia. En vano se esforzaba su anciano padre en darle ánimo, le oía sin contestarle, y sacudia tristemente la cabeza como si no quisiera ser consolada. Ni una sola vez salió de sus labios el nombre de Hugh, y sin embargo, era su pensamiento continuo. ¡Desgraciada! La muerte de su hermano, los consejos de su madre moribunda, nada, nada habia podido contenerla en su fatal amor! ¿y qué habia conseguido? no ser ni casada ni soltera, ser viuda viviendo aun su esposo.

Pasaban los dias y los meses y nada se sabia de lo que habia acontecido á Hugh el Lawlor. El mayor Walker, secundado por Tom Bush, que se habia entregado á él por completo, tanto por su propia seguridad cuanto por llevar á cabo su venganza, seguian con actividad sus investigaciones, que ningun resultado ofrecian. Los *whiteboys* seguian en sus escursiones nocturnas sin que se pudiera coger á ninguno; siempre parecia que de antemano sabian la salida de los soldados que debian sorprenderlos. Varios espías vigilaban de noche las avenidas de la casa de Davy Nugent, suponiendo que el Lawlor no podria resistir al deseo de volver á ver á su esposa; pero hasta entonces esta vigilancia habia sido infructuosa.

Una noche de verano Ellen se hallaba sentada en la ventana de su cuarto; sus ojos amortiguados por la fiebre dejaban vagar una mirada melancólica sobre los bosquecillos que rodeaban la casa, y que la oscuridad de la noche iba gradualmente cubriendo. Entregada á sus ensueños, la imagen del que no se atrevia ya á nombrar, no se separaba jamás de sus recuerdos; ¡volverlo á ver, volverlo á ver un instante antes de morir! á esta idea se conmovia de placer y de terror la pobre Ellen, y se esforzaba en apartarlo de su pensamiento. ¿No sentia que gradualmente le iba faltando la vida? ¿Para qué entonces, se decia á sí misma, reanimar con un poco de dicha una existencia que iba á apagarse?

Un pequeño ruido la hizo volver la cabeza, y vió á Hugh á pocos pasos delante de ella. Quiso gritar, pero el instinto del peligro ahogó su voz. Temblorosa, medio loca, cayó de rodillas delante de la ventana, y estendió los brazos para significar al proscripto que se alejase, pero en lugar de obedecerle éste se acercó con viveza.

—Ellen, la dijo, mi adorada Ellen, oidme, ¡oidme por piedad!

—Huid, le respondió, en nombre del cielo, huid, ¡ignorais que esta casa está vigilada de dia y noche?

—Lo sé, ¿pero qué me importa? desprecio la vida, solo vuestro amor es mi existencia. Vivir lejos de vos, sin veros, vale mas morir en seguida y entregar su presa á las casacas coloradas.

—¡Desgraciado! ¿Qué habeis hecho? ¡Vos, que yo estimaba tanto, en quien tanto creia!

—Ellen, decidme los mas odiosos improperios, todos los he merecido, las circunstancias me han perdido. Huérfano